

Graziella
Moreno

**LOS ANIMALES DE CIUDAD
NO LLORAN**

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary&Film Agency, Barcelona, España.

Diseño de colección: Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Graziella Moreno, 2022
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1362-764-9
Depósito legal: M. 5-629-2022
Printed in Spain

Cuando Cristo dijo a Pilatos: «Yo soy la Verdad», Pilatos le respondió con una pregunta: «¿Y qué es la verdad?».

Gonzalo Torrente Ballester,
Los gozos y las sombras, 3. La Pascua triste

TIOVIVO

Enamorado yo de ti.
Enamorada tú de los otros.
Nos perseguimos en el falso carrusel
de mi parque de verso y atracciones.

Hace tiempo que no vendía
mi alma al diablo.
Hoy traté de hacerlo
por una sola flor
que regalarte.

Fernando López Guisado,
Rocío para Drácula

Los animales de ciudad
no lloran

Nadia busca con la mirada el reloj de la cocina mientras sus dedos rozan el filo del cuchillo. El metal está frío.

No sabe cuánto tiempo lleva ensimismada frente a la ventana, desnuda, la casa a oscuras, observando el Paseo de Gracia desierto bajo la lluvia. Es una vista nocturna de la que nunca se cansa, a diferencia de lo que sucede durante el día, en que las imágenes se repiten. Turistas clónicos fotografian-do el mismo ángulo de La Pedrera, con idéntica combinación de cielo azul y farola modernista. Barceloneses que apresuran el paso, esquivando las colas interminables, mientras se preguntan en qué momento su ciudad ha dejado de ser reconocible. Ahora se les antoja extraña, impersonal, convertida en un escaparate más de esas tiendas en las que porteros encofetados te abren la puerta aunque no aparentes tener dinero y lleves puesto un chándal gastado o una gorra del revés. Ella misma ha hecho la prueba, antes de conocer a Quique, antes de salir de la miseria. Entrar en Loewe, en Louis Vuitton, o en cualquier otra de igual categoría, y fingir estar dispuesta a comprar sin mirar el precio. Es gratificante recibir un trato especial, y, por qué no, ese plus de humillación de la dependienta que está allí para complacer todos tus caprichos, incluso aunque te vayas con las manos vacías. Claro, señora,

por supuesto, lo que usted desee, estamos para servirle. Y te lo dice en inglés, en ruso, en chino, en cualquier idioma que exista y que es obligado saber en esta ciudad, ofrecida obscesivamente al visitante para ser destripada, como sucede en tantas otras similares en las que, como dice Quique, todo el mundo está dispuesto a bajarse los pantalones por unas monedas. Ella también forma parte de ese inmenso mercado, también se ha vendido para tener esta vista, este ático que la coloca por encima del resto, como si no fuese de carne y hueso, como si la enfermedad o el dolor no pudiesen alcanzarla nunca; igual que los inconscientes invitados del príncipe Próspero del cuento de Poe, que cerraron las puertas del castillo creyendo poder escapar así de la Muerte Roja. Nadia no es como ellos, sabe de dónde viene y, desde hace un tiempo, adónde va, aunque sea incapaz de pertenecer a ningún sitio. Su Mallorca natal está muy lejos en el tiempo y nunca se ha sentido en casa en Barcelona, a pesar de que lleva la mayor parte de su vida aquí. Y es que la mujer que es ahora no tiene nada que ver con aquella niña de seis años, de pie ante los escombros, la mochila del colegio colgada a la espalda, cubierta por una nube de polvo espesa que se le metía en la garganta, en los ojos, en los oídos. Que le impedía llorar o gritar. Paralizada por la angustia de no saber. Por la certeza de que su vida cambiaría para siempre.

Ha llegado el momento.

Se aparta de la ventana y mira el cuchillo. Es ligero, perfecto para su mano menuda. Lo ha encontrado esta tarde en el fondo de uno de los cajones de la cocina, llenos de objetos que, en su mayoría, ni siquiera sabe para qué sirven. Como tantos otros que Quique compró para hacer de este ático su hogar, el de ella. El de los dos. Las casualidades no existen, le susurró él a los pocos días de conocerse en aquella convención hotelera. Estaba seguro de que la vida los había llevado hasta ese mo-

mento, que era sincronización, su destino, el karma o algo parecido. Le dejó hablar mientras pensaba que, sin saberlo, tenía razón, aunque de otra forma. Ni ella misma creía que todo hubiese resultado tan fácil. Encantado, dijo Quique esa noche, mientras sus ojos claros resbalaban por su cabello oscuro y sus labios pintados de rojo. Nadia llevaba un vestido blanco, que destacaba su piel bronceada y marcaba sus curvas dejando los hombros al aire. Le sonrió, aparentando no ver el anillo de casado que lucía en su mano izquierda. Al principio pensó que quizá fuese una dificultad añadida, pero ahora, casi dos años después, tiene que reconocer que ha sido una ventaja.

Despacio, sale de la cocina y va hacia el dormitorio. El espejo que ocupa la pared del pasillo le devuelve su reflejo. Ha adelgazado. Bajo sus ojos se insinúan señales de cansancio que denotan la tensión de los últimos días. Mucho mejor, no conviene ofrecer demasiado buen aspecto. Aparentar angustia, inspirar compasión, es la consigna. Todo lo contrario de lo que ha hecho siempre. Cómo puedes ser tan burra, niña, le decía su tía cuando se escapaba de la escuela para ir hasta el Paseo Marítimo y jugar en la playa. Vas a acabar como tu madre, como yo, sin estudios, matándote a trabajar, cocinando para los demás o limpiando sus mierdas. ¿Que no lo ves? Nadia no lo veía. No quería verlo. Quería volver a su casa, volver a mirarse en los ojos verdes de su madre, idénticos a los suyos; a oler la colonia que se ponía su padre después de ducharse, a comer buñuelos, el postre de los domingos. Aun sabiendo que era imposible, que estaban muertos, que no iban a volver. No le gustaba Barcelona, no le gustaba aquel piso en el que vivía con sus tíos, pequeño y con poca luz, en el barrio de la Barceloneta, que olía a coliflor hervida, a lejía y a pobreza. Esta niña es muy rebelde, no podemos con ella, se quejaban las monjas todos los años, ¿ha visto sus malas notas? Y no es tonta, es que no hinca los codos. Su tía sentada en una silla de la cocina, los tobillos

hinchados tras una larga jornada de trabajo, las manos gastadas sobre la mesa: si no quieres estudiar tendrás que ponerte a trabajar, no vas a estar tocándote las narices.

Su primer trabajo fue de limpiadora en el gimnasio del que ahora es socia. Con los dientes apretados, pasaba la fregona por los rincones del vestuario, recogiendo los pelos, las uñas cortadas, las pieles muertas de aquellas mujeres que se dedicaban a gastar el dinero de sus maridos en inútiles tratamientos de belleza para detener el tiempo, disimular sus carnes flácidas, conservar a toda costa la juventud que se evaporaba día a día. Ay, nena, ábreme la taquilla. Y, de paso, tráeme el abrigo. Nena, una señora se ha meado en el jacuzzi, ven a limpiarlo. Hasta que no pudo más y decidió usar la cabeza. Estudiar, prepararse, no depender de nada ni de nadie. Ahora, cuando llega al gimnasio, ve a las mismas mujeres, menos jóvenes, más mórbidas. Algunas la miran y dudan, les recuerda a alguien que no acaban de identificar y la tratan como a una igual, como a una de su clase. A veces tiene ganas de escupirles a la cara quién es. En el fondo, debería darles las gracias; toda esa época le sirvió para entender que su destino no estaba ahí, que se merecía algo mejor. Por supuesto.

Y está a punto de conseguirlo.

Aunque no es tan sencillo como imaginó. Nada lo es. Nada lo ha sido nunca en su caso, aunque tampoco imaginaba que fuese capaz de llegar tan lejos. Todavía puede cambiar de idea, hacer las maletas y marchar para siempre de esta ciudad. Volver a empezar de cero, lejos, en otro país. No hay ataduras que la retengan. Pero no ha llegado hasta aquí para volverse atrás, se lo ha prometido a sí misma y siempre cumple sus promesas. Y el plan que ha trazado es demasiado complejo como para abandonarlo ahora. Sus socios tampoco se lo permitirían. Coge aire y entra en el dormitorio.

Ya no hay vuelta atrás.

Quique no puede respirar. El aire no entra en sus pulmones. Algo blando y pesado taponaba su boca, le obstruye la nariz. La náusea le invade. No quiere abrir los ojos porque teme lo que va a ver. Su peor pesadilla, ese súcubo pálido y lampiño, sobre su cuerpo, acariciándole la garganta, sin prisa, hasta que llegue el momento en que se deje de preliminares y decida clavarle las garras en el cuello. Y disfrute paladeando su sangre, que brotará poco a poco. Intenta gritar. Imposible. Tal vez si no le mira, si aguanta un poco más, el monstruo opte por dejarle en paz. Igual que cuando era niño y jugaba al escondite con sus hermanas, en aquella portería en la que vivían cinco personas y un gato. Siempre acababa metiéndose en el armario de la habitación de sus padres, que olía a nafalina y a colonia 1916, la favorita de su madre. Cerraba los ojos y aguantaba la respiración. Como si con eso pudiese conseguir que no le encontrasen. Ahora ya no tiene escapatoria, se ahoga, siente que va a morir asfixiado. Gime. Abre los ojos.

Jadeando, Quique aparta el cojín que sujetaba sobre su rostro y lo tira al suelo. Se concede unos segundos para volver a la realidad. Sus manos tocan la piel del sofá y sus ojos perciben las siluetas familiares de los muebles de su casa. To-

davía es de noche. Enciende la luz de la lámpara de lectura y respira hondo. De nuevo ese sueño, que se repite desde hace semanas, que le impide descansar como es debido. Te noto nervioso, cariño, le ha dicho Carol días atrás. Necesitas desconectar. Ella también está inquieta, a pesar de su fingida calma. Porque Carol presente, sospecha, sabe que algo no anda bien. Que ya nada es lo mismo. Quique se sienta y consulta el reloj en su muñeca. Son casi las seis de la mañana. Debe de haber dormido algo menos de tres de horas. Se recuerda que es miércoles. A las diez tiene la primera reunión con los alemanes. Esa maldita reunión que llevan preparando desde hace meses, la culminación de sus esfuerzos, y de los de Carol también. Una reunión que ahora le incomoda y le molesta. Su cabeza está en otras cosas.

Todavía puede oler el perfume de Nadia sobre su piel.

Se frota los ojos. Necesita ducharse y un café. O dos. O tener de nuevo veinte años. Busca el móvil en el bolsillo de sus tejanos y comprueba que casi no le queda batería. Carol le ha mandado un mensaje hace diez minutos. Que su madre ha pasado mala noche. Que hará lo posible por llegar a la reunión. Que un beso. Deja el móvil sobre el sofá. Esboza una sonrisa amarga. Ha sido una suerte que la operación de rodilla de su suegra se haya complicado lo bastante como para que su única hija pase la mayor parte de las últimas noches en la clínica. Es una forma de coincidir en casa lo imprescindible, el intervalo suficiente para cruzar frases vacías, dichas para representar una obra de teatro sin público, con las máscaras puestas. Frases que nada más pronunciarse carecen de sentido, que quedan flotando entre los dos como jirones de niebla espesa, que esconden lo que deberían decirse realmente. Ambos se comportan como lo han hecho durante estos treinta años, y ni siquiera un espectador atento advertiría alguna diferencia. Tampoco es tan difícil. Basta con conectar el

piloto automático y actuar como se espera de uno, repetir las rutinas, los besos dados al aire, las caricias ausentes. Ignora en qué momento empezó a mirar en otra dirección. O por qué. Ha habido otras mujeres durante todo este tiempo, claro que sí, aunque ninguna ha tenido importancia más allá de una noche, o dos a lo sumo. Distracciones con las que llenar las horas, un puro divertimento; otras pieles, otros acentos, tal vez por demostrarse a sí mismo algo a lo que ha sido incapaz de ponerle nombre.

Solo sabe que ya no puede vivir sin Nadia.

Tampoco debe, ni quiere, hacer daño a Carol. No lo merece. Por lo que han construido juntos, por los malos ratos en los que se han tenido el uno al otro. Por su vientre yermo, esos hijos perdidos antes de ser siquiera un proyecto de vida y, ahora, la artritis hereditaria que la acecha, que se manifiesta en sus manos, en los dedos que se curvan como garras. Por los silencios compartidos. Y porque a su modo la sigue queriendo. Como se quiere a un recuerdo, a algo que ya no existe. Y tal vez ese sentimiento, unido a su incapacidad para poner fin a esta representación sin otro público que ellos mismos, es lo que está empeorando las cosas.

Para Carol, para él. Para Nadia.

Los ojos de Nadia, que cambian de color según la luz, que se oscurecen cuando llega al orgasmo, que se aclaran cuando la risa baila en ellos. Ojos que cuando se clavan en los suyos le hacen sentirse completo, fuerte y con ganas de mirar al futuro. Algo muy especial, que solo reconoces cuando te llega, que no puede expresarse en palabras, pero que se nota en el corazón, en las tripas. Un tren que no puedes perder porque no volverá a pasar nunca más. Te necesito, le ha dicho Nadia esta noche, nos necesitamos el uno al otro, sin límites. Él está de acuerdo. Le ha hecho prometer que va a mantenerse firme a pesar de lo que les espera. Y ella ha sonreído por primera

vez en muchos días. Dicen que el tiempo pone las cosas en su sitio. No es cierto. Son las personas las que colocan las cosas, aunque no siempre en los sitios adecuados. Lo único que importa ahora es que el plan está en marcha y no falta mucho para su nueva vida junto a Nadia. Sin renunciar a lo que es suyo por derecho, a lo que ha ganado con su esfuerzo.

Él. Enrique Rosado Estrada. Quique. El chico de la portera, el que sabía dar patadas a un balón o algo más que eso, al que rompieron la rodilla y los sueños. El que se enamoró de Carol, aquella muñeca de cabello oscuro y mirada traviesa que le encandiló con su sonrisa. El que vio el cielo abierto cuando supo quién era, «la cándida niña de la sociedad», como dice la canción. Solo que no era cándida, ni hizo falta abandonar «la sociedad»; al contrario, se integró en ella como pez en el agua, usó el cerebro y se ha dejado el alma trabajando. Si no hubiese sido por él, el patrimonio familiar habría ido desapareciendo poco a poco. Su suegro, al que se le iba la cabeza con el juego y las putas. Su suegra, que vivía en un mundo propio de flores frescas todos los días y de nubes de algodón, en el que la miseria y lo desagradable no tenían cabida. Un par de incapaces que no veían más allá de su sombra, que no merecían todo lo que tenían, haber nacido en la familia adecuada, en la época correcta.

Tuvo que ser Quique, de quien desconfiaron desde el primer momento —seguro que ha venido a aprovecharse de nosotros, de nuestra niña querida, el hijo de una portera, fíjate—, quien se ensuciase las manos, se pelease con los industriales, con los políticos, con los arquitectos, para hacer crecer la cadena hotelera heredada de los abuelos, modernizarla, hacerla competitiva. Y quien tuvo que aprender a ceder, a aparentar, a frenar en el momento adecuado, a regatear, como hacía en el campo de fútbol, a lidiar con los buitres, con los cortos de miras. A premiar cuando era necesario. ¿Qué es lo que quie-

res? ¿Qué puedo darte a cambio? Les pregunta a todos ellos. Y siempre hay algo, por absurdo que sea. Y él lo consigue, aunque a veces haya que pagar un precio, en ocasiones alto, nunca superior al beneficio que espera obtener, esa es la regla principal. Sin pensar realmente en lo que está haciendo; a fin de cuentas, es como un juego de mesa en el que lo que cuenta es llegar a la última casilla y mirar por encima del hombro a los que se han quedado atrás en el tablero o fuera de él. Carol ha estado ahí siempre, ha sido su compañera en el sentido más extenso de la palabra. Le ha apoyado, le ha escuchado, ha usado sus facultades de persuasión con otros, cuando ha sido necesario, cuando a él se le agotaba la paciencia. Pero ahora todo eso ya es historia.

Se levanta y sale a la terraza. La ciudad empieza a despertar, pocos son los vehículos que circulan por la avenida Diagonal. Dos operarios sobre una grúa del ayuntamiento están colocando las luces de Navidad, para la que falta más de un mes. Carol. Estas fiestas podríamos ir a esquiar, o a alguna playa para tostarnos al sol. ¿Qué te parece? Y él contestando que lo que ella prefiera. Sabiendo que para entonces ya se habrá quitado la máscara y la función se habrá terminado.

Vuelve a entrar en el salón mientras se desabrocha la camisa. Oye unos golpes en la puerta del piso. No puede ser su mujer, siempre llama al timbre antes de entrar con sus llaves; una costumbre absurda, heredada de sus padres. Y, además, ha dicho que se quedaría un poco más en la clínica con su madre. Los golpes se repiten, esta vez más fuertes.

—¡Policía! ¡Abra la puerta!